

## **El amor conyugal (Sus impulsos)**

Nunca terminaremos de reflexionar sobre el amor. Hacerlo nos ayuda a enriquecer cada día su vivencia. El amor es un largo caminar. Un océano que no terminaremos de descubrir. Un misterio que está en la raíz de nuestro ser, que hace apasionante nuestro existir. Que empieza en el «me gusta» del primer flechazo en la adolescencia y que no termina sino en esa última ofrenda de la muerte, en que por amor entregaré a mi Dios ese suspiro que me lleve a la VIDA. En esta primera reflexión sobre el amor conyugal, me referiré a sus impulsos, a sus diferentes «rostros». Impulsos que lo definen, en su conjunto, entre tantas otras formas del amor. Para entender el amor conyugal desde sus impulsos, deberíamos sumergirnos en esa asombrosa escuela de amor que es la vida comunitaria de nuestro Dios, a la escucha de su palpitar. Deberíamos, por otra parte, saborear ese impulso irresistible que le hace amarnos a cada uno de nosotros, y que está en la fuente de nuestra vida. Y así, desde esta luz, podríamos decir que amor conyugal es:

**1 Aceptar al otro tal y como es.** Supone vencer esa gran tentación, que está en todos, de querer hacer al otro a nuestra imagen y semejanza, anulándolo, sometiéndolo. Reducirlo a ser lo que «yo siempre había pensado que fuera mi mujer» o lo que «yo siempre pensé que tendría que ser mi marido». Demasiadas veces, por evitar conflictos, por ahorrarnos esas pequeñas «muertes», esas pocas lágrimas del buscar juntos, renunciando a posiciones que consideramos inalterables, uno de los dos sucumbe, se convierte en la sombra del otro. Nos condenamos a repetir con tristeza la vida, aceptando esas otras lágrimas que tienen el sabor amargo de ser para siempre. «Si me obligas a responder a tus sueños, a tus obsesiones, a tus necesidades... ya no somos dos que caminan unidos, que crecen juntos, que saborean el gozo de la victoria del amor sobre los pequeños egoísmos.» «Déjame quererte tal y como eres; quíereme tal y como soy.» Aceptar al otro tal y como es, con sus grandezas y sus miserias, sus manías y genialidades, con sus limitaciones y humores, es amarlo. Esperar para amarlo a que sea lo que yo quiero que sea, es amarme tan sólo a mí mismo, es quererlo para mí. No es amar. Aceptar al otro tal y como es no es hacer pasar por bueno lo que es menos bueno, ni resignarse a arrastrar durante años unas mismas deficiencias. Es trabajar con el otro en superarlo, en vencerlo, poco a poco. Es esforzarse por llegar juntos a conseguir una plenitud en la que cada uno es plenamente él mismo a partir de sus raíces. Es saber morir juntos a lo «viejo» y resucitar a lo «nuevo». Aceptar al otro tal y como es, significa no decir «me lo sé de memoria», «ya sé todo lo que me pueda decir». Es creer en él y esperar de él. Es aceptar ese dinamismo interno de toda vida que nos hace insospechados cada día. Es asumir la realidad cambiante del otro, impensada tantas veces.

**2 Darse.** Amar, sobre todo, significa darse sin reservas, sin interrupciones, sin querer recuperar cada día una parcela de un don que una vez lo hice total. Un don que tú haces de de ti mismo al otro. Por ninguna razón que lo motive. De un modo gratuito. Simplemente lo amas. Te das. No nos cuesta ser generosos, hasta elegantes, dando cosas: regalos sofisticados, obsequios deslumbrantes... Nos cuesta darnos. Pero es el gran reclamo del amor: «No quiero tus cosas, te quiero a ti: todo tú, sólo tú». «Mi padre, decía aquel muchacho, lo daría todo por mí, pero nunca tiene diez minutos para darme... » Amar no es dar cosas. Es darte tú. Darse uno mismo es una actitud profunda en el ser que renuncia a vivir en función de sí, que abre sus puertas y es

capaz de arriesgar intimidad, que está atento al otro, a su escucha y lo acoge. Que busca la felicidad del otro. Os llamaría la atención sobre tres signos de veracidad de este don:

**La palabra.** Observad que al enfadaron es lo primero que os negáis: dejáis de hablar. Habéis cerrado las puertas y os replegáis en vosotros mismos. Sin embargo, cuando te dices y abres tu corazón en las pequeñas y en las grandes cosas, te das.

**El encuentro sexual.** Cuando, más allá de satisfacer las necesidades, quiere expresar y ser signo de tu ofrenda al cónyuge y de su aceptación. Si te niegas fácilmente por cualquier pretexto, si rara vez surge de ti la solicitud, ¿dónde está tu don?

**La respuesta.** A esas peticiones verdaderas del otro. Si estás atento, las descubrirás, y si eres capaz de darte, las responderás en tu medida, Te estás dando. Después, los pequeños o grandes obsequios, recobran toda su significación. El amor hace siempre referencia a la vida. El don es lo que hace vivir, lo que nos ayuda a ser. Si nosotros somos, si existimos, es porque nuestro Dios es, antes que nada, EI-QUESE-DA. Él es el amor. Y entre nosotros es lo mismo. Y no sólo porque os dais surgen a través de vosotros nuevos seres, vuestros hijos. Cada uno de vosotros sois, existís, en la medida en que cada uno hace don de sí al otro. Todos tenemos esa experiencia de que es el amor que se nos da lo que nos hace ser. Tu don es lo que le hace ser al otro, y cuando le niegas tu don, le estás negando el ser al otro. Y yo sé que como esposos me entendéis. Porque ¡cuántas veces, por las mil bobadas de la vida, niegas tu don y, al negarlo, le niegas el ser! Recuerdo una vez. Me llamaban desde lejos, por teléfono. Me habló primero el uno, después la otra. A solas. Tenían uno de esos problemas. Y estaban tristes, preocupados, por una de esas pequeñas cosas en las que a cada uno le cuesta morir un poco de sí mismo. Y estaban distantes el uno del otro, llevaban algunos días sin hablarse. No eran ellos, no eran los que yo conocía, siempre risueños y enamorados. Los escuché, les dije esas cosas que se dicen en esas ocasiones. Pero, por fin, ellos hablaron entre sí, resolvieron, cediendo cada uno un poco, sus problemas. Y, a los pocos días, me volvieron a llamar, y me hablaron los dos a la vez, cada uno en un teléfono, Os aseguro que cada uno era un ser distinto. ¿Por qué? Cada uno había hecho de nuevo don de sí al otro, y al acoger cada uno el don del otro, habían vuelto a vivir. Porque es el amor el que hace ser. Os propongo dos reflexiones concretas para ver hasta qué punto ese don que un día fue total del uno al otro, sigue vivo. Sin mermar.

- La primera me la sugiere esa expresión, Yo os amé el primero, de nuestro Dios en la Escritura. ¿Quién es el que da el primer paso, el que se da el primero, el que se acerca, el primero que está dispuesto a olvidar, cuando algo no va? ¿Cuántas veces eres tú el primero?

- La segunda sería preguntarte si alguna vez le has dado todo en las cosas pequeñas. Si has dado todo el tiempo de que disponías en esa tarde, si has renunciado a todo en ese caso, si le has dado todo lo que te pedía, si...

**3 Acogerse.** Si el amor es darse, amar es también acoger el don del otro. El don que tú me haces de ti mismo, yo lo acojo en mi ser. Y el don que yo hago de mí mismo, tú lo acoges en tu ser. Y cuanto más me amas, más limpia y transparentemente lo

acoges. Sin prejuicios, sin sospechas, vacío de ti mismo. ¡Capacidad siempre dispuesta a ser colmada! ¡Oportunidad permanente! Pero tal vez, al darle la vuelta, al pensar en el «no acoger», lo entendamos mejor. Todos tenemos esa experiencia, la penosa experiencia que vive más que nadie nuestro Dios al ver que le cerramos tantas veces la puerta; esa experiencia, digo, de querernos dar y de que no se quiera acoger nuestro don. La experiencia dolorosa de no saber qué le pasa al otro, o al hijo, y por más que te acercas, te huye, y por más que le quieres hablar, te rechaza, y por más que le quieres expresar signos, no los quiere entender... Acoger ¿qué? La respuesta es simple: la persona del otro, en cada momento de su vida. Es el tú lo que debe ser acogido, lo que necesita ser acogido. Día a día, hasta el fin. Es el simple hecho de tomarse de la mano antes de dormir, o de mirarse en los ojos para descubrir ese yo débil del otro que suplica. Porque oculta un misterio tan grande, se expresa en cosas bien pequeñas. Es el valorar lo que dice y lo que hace, sentir orgullo de tenerlo al lado, es el desear su presencia. Es la aceptación de sus opiniones, por pequeñas que sean, siendo discretos al enmendar, sin negarlas por sistema, en especial ante los demás. Y la aceptación de sus narraciones, sin corregirlas continuamente. Es la aceptación de su realidad corporal, con sus procesos y dolencias, con sus deficiencias y envejecimiento. Es descubrir bondad en sus respuestas. ¿Puede ser que, a veces, hasta la bondad del otro nos moleste? Hay dos pequeños y diarios signos que expresan el acogerse. Uno es al despertaron cada mañana, cuando el amor empieza a reconstruirle. Otro es cuando, después del trabajo cotidiano, os encontráis. En esos momentos, aunque sea un instante, ¿sois de verdad el uno para el otro? O primero es lo tuyo, tus desahogos, tus necesidades, tus agresividades... Os invitaría a despertar, a hacer crecer en cada uno el deseo del otro, el deseo de lo mejor del otro, el deseo de su presencia, el deseo de recibirlo, de acogerlo, de guardarlo, de saborearlo. Cada uno podría escuchar como dichas por el otro las palabras del Señor: «Mira que yo estoy a tu puerta y llamo. Ábreme y cenaré contigo y tú cenarás conmigo» (Ap 3,20).

**4 Gracitud.** Una nueva riqueza, un nuevo impulso en la vivencia y en la expresión del amor es el descubrimiento de la gracitud. Cuando acojo en mí tu don, brota de mi ser un nuevo amor, distinto, con una significación peculiar. Es la gracitud por todo lo que tú has significado para mí. La gracitud porque me has amado tanto. La gracitud por todo lo que has llegado a despertar en mí; porque, sin duda, sin ti mi vida habría sido otra; sin ti no hubiera llegado a la plenitud que alcancé. La gracitud, en fin, por la dicha de haber sido el recipiente de tu don, Aunque de hecho muchas veces actuáis por gracitud, pocas veces os la expresáis. Pocas veces os detenéis a pensar en todo lo que el otro ha sido capaz de hacer por ti a lo largo de la vida, en todo lo que ha sido capaz de renunciar, en los esfuerzos, en los sacrificios, en las superaciones, en esas mil cosas que han contribuido a tu dicha, te han llevado a plenitud. Y si pocas veces las pensáis, menos las decís. ¿Por qué no intentarlo alguna vez? Sorprende a veces veros distanciados el uno del otro por un pequeño incidente, Algo muy pequeño ha sido capaz de eclipsar todo un horizonte de dedicación y de entrega. Tal vez es porque somos así... La gracitud, el reconocimiento por todo lo que habéis recibido el uno del otro estará en la raíz de la sencillez y de la humanidad del uno ante el otro. Del respeto. De esa pobreza radical que os hace a cada uno necesitar al otro para vivir. Un cristiano es aquel que ha entendido tan bien el Tanto nos amó Dios, que nos dio a su Hijo, que no puede obrar de otra manera que buscando lo que a Él agrada. Para quien ha entendido y saboreado lo que es el amor de Dios sobre él, toda su vida será

una respuesta de gratitud, una respuesta de acción de gracias... Porque se me ha amado tanto. El amor de gratitud, de acción de gracias, nos impele con su fuerza a buscar, a saborear, a realizar lo que al otro agrada. Convencidos de que, en definitiva, cuando sinceramente respondéis a lo que hay de mejor y de más profundo en la petición muchas veces tácita del otro, le estáis también agradando a Él. La gratitud, lo gratuito, es la gracia en esta vida. Lo realmente gratificante. ¿Qué sería yo sin ti, que viniste a mi encuentro? ¿Qué sería yo sin ti, más que un corazón dormido en medio del bosque, más que una hora que se pasa en la esfera del reloj, qué sería sin ti, más que un balbuceo...? Todo lo he aprendido de ti sobre las cosas humanas, y he visto hasta ahora el mundo a tu manera. Todo lo he aprendido de ti como si bebiera en la fuente, como si leyera en el cielo las estrellas lejanas, como si repitiera la canción del que pasa cantando a mi lado. Tú me has tomado de la mano en este infierno moderno donde el hombre ya no sabe qué es ser dos. Tú me has dado la mano como un amante feliz.

**5 Comunión.** La comunión es la forma más alta de unidad que puede darse entre nosotros. La comunión resulta de que en Jesús somos uno. O como decían otros: «Yo soy tú y tú eres yo». De todos modos, la comunión brota de ese flujo del darse y del ser acogido, que provoca un nuevo don. Mutuamente, porque no hay comunión si el movimiento no es recíproco. Yo quisiera ver la comunión como algo más que la culminación del amor conyugal. La comunión de hecho es el gran don que la pareja puede ofrecer. La fecundidad no será otra cosa que la llamada a un nuevo ser a participar de la comunión. Y su educación, hacerle entrar de alguna forma en esa comunión de amor de los padres. Y la amistad, esa ofrenda, que se hace al amigo de la comunión. Y la oración, dejarla brotar. Y el compromiso será la explicitación de ese impulso irresistible de toda comunión a convertirse en don, La comunión es el gran don de la pareja a sus hijos, a la familia, a la Iglesia, a la sociedad. Más que de los alimentos, o de la medicina, o de los vestidos, tienen vuestros hijos necesidad de que os queráis, de saber que os queréis (tienen que saberlo), de participar en vuestro amor. Más que del vaso de vino, o del café, o de la cena, o de vuestro trabajo, o de vuestra generosidad en compartir, tienen vuestros amigos necesidad de sentir el calor de vuestro amor. Es la presencia del Espíritu, por el sacramento, la que fortificará, hará estable y fiel, dulce y dichosa vuestra comunión. En Él sois uno. A veces os puede parecer lejana teoría lo que de hecho es realidad. Posiblemente en vuestra propia vida, a pesar de todo. Se trata de ser conscientes de estas cosas que son sublimes, es verdad, pero que si las pedimos, las buscamos y las cuidamos resulta que llega un día en que son verdad en nosotros. A veces somos los últimos en enterarnos. Sin duda que el amor conyugal es mucho más. ¡Hay tantas connotaciones en él! Es elección. Es llamada. Es fuente de libertad. Es dicha, Es fidelidad... Creo que esta reflexión es suficiente para ahondar en nuestro propósito de pintar un boceto de la espiritualidad conyugal.

### **CUESTIONARIO 1 Para la reunión de equipo**

1. Entre las cosas que más os hayan interpelado en este tema como pareja, entresacad tres y preparad un comentario.

2. Estos cinco impulsos parecen abarcar el amor conyugal. ¿Cuál os parece el más importante? ¿En cuál se falla más, en general? ¿Qué otros impulsos añadiríais?
3. «Estar a la espera de que me adivinen y estar a la caza del otro son cosas cercanas.» Comentadlo. ¿Ocurre entre vosotros? ¿De qué forma?
4. «Lo que más feliz me hace en mi vida en pareja es que él sea, y lo que más me hace sufrir es ver que no es.» – ¿Qué os parece este sentimiento? – ¿Qué es lo que como pareja más os hace felices o todo lo contrario? – ¿Sois cada uno consciente de lo que le ayuda al otro a ser? ¿Por qué no lo concretáis entre los dos? Os lo decís y, si queréis, lo compartís con el grupo.
5. Compartid si os ha sido fácil el diálogo conyugal al estudiar el tema, y luego, el responder al cuestionario. Es bueno que pongáis en común vuestras dificultades para ver si son comunes.
6. Pregunta que no hace falta preparar. Para al final de la reunión, una vez escuchadas todas las parejas: ¿qué conclusiones sacáis? Intercambiad entre vosotros y concretad alguna cosa como denominador común.

### **Para el diálogo de la pareja**

1. No es fácil plantearse en pareja algunas cosas. Pueden incluso, a veces, provocar discusiones y enfados. Por eso os pido que al empezar vuestro diálogo dispongáis corazón en una actitud de sencillez y de acogida del otro, dispuesto ante todo a agradecerle. Sería bueno que hicierais, si os es posible, una oración al empezar.
2. Leéis la pregunta, guardáis silencio para pensarlo cada uno y luego la comentáis: – ¿Hasta qué punto cada uno os consideráis amados tal y como sois por el otro? – ¿En qué cosas creéis que no lo sois? – ¿Tienes la sensación de tener que estar acoplándote a los sueños e ilusiones que el otro se había hecho de ti? Señala a qué cosas os referís.
3. ¿En qué actitudes y detalles de la vida cada uno ve que el otro es realmente un don para él? Concretadlas y decíros las.
4. ¿En qué cosas os sentís cada uno bien acogido y no suficientemente acogido? Estad un tiempo en silencio, pensadlo y comentároslo después.
5. La comunión es el gran don de la pareja a los demás. Los demás, hijos, amigos... ¿son conscientes de que os queréis? ¿Dais a veces una sensación distinta de la real?

Tomado del libro “Vivir en pareja” de Manuel Iceta